

# El desencanto de un veterano de 33 años

LUISA ULIBARRI

Jorge Montealegre, 33 años, es integrante de lo que el denomina la "generación NN" de la diáspora y el exilio interno. Vate, director de *La Castaña* —revista literaria, con gráfica y humor en papel de envolver— escribe también los textos de *Entrelíneas*, la historieta de la página política de *La Época*.

Integra el grupo Tragaluz, estudió en Roma, vivió en Cañete, El Golf y la población Santa Adriana y prepara una historia de la historieta en Chile. Y en su poesía es un cronista cálido y humano de la realidad. En su último libro *Título de dominio*, que hoy se presenta en la SECH, nada es inocente ni casual y toda palabra admite tantas y diferentes lecturas como es posible imaginar en este largo poema triste y desolado —pero tan decididor— donde se ensambla como caja china lo íntimo y lo social.

—“Astillas”, “Exilios” y sus otros libros tenían poemas que eran como zarpazos directos, irónicos, con mucho sentido del humor. Este “Título... es un homenaje al desencanto...”

—Astillas fue escrito con la métrica japonesa del *haiku*, versos cortos, y con la idea borgiana de la concentración máxima. Ahí escribí poemas hasta divertidos y como me gusta la vena humorística salió canalizada en esos libros.

Ahora que trabajo con la historieta, aunque mantengo la ironía, disfruto con las connotaciones de las palabras pero ya no me tiento con el chiste. *Título de dominio* muestra un desencanto general fruto de una revisión personal muy intensa. Fue un libro que me dolió mucho y generó hasta sensaciones físicas. Había una idea, pero empezaron a pasar cosas en Santiago como terremotos, temporales, la muerte de un tío con quien viví en una población y de la que me enteré en la crónica roja.

—Por ahí usted señala que empezó a escribir poesía desde la prisión en Chacabuco.

—Tenía 19 años cuando me llevaron, y me hice amigo en Chacabuco de Angel Parra, del Gato Gamboa y de un poeta fantástico, trabajador textil. Se hizo un concurso de literatura, escribí un poema a un tarro, *El choquero*, y otro a las casas de Chacabuco. Sentí necesidad de saludar a la gente que estaba lejos y en vez de cartas, enviaba poemas. Por ejemplo, cuando se casó mi hermano. Pero, luego, cuando viví en Italia, estudié cine, hice un cortometraje, me interesó más la creación que la parte técnica. La escuela era menor, pero Antonio ni ofrecía seminarios, o de pronto tenías acceso a toda la filmografía de Pasolini. Estaba más en la ima-

gen y ya me interesaba mucho el mundo de la historieta.

—Una poesía que nace del desarraigo, dice usted. ¿Qué significa eso?

—Yo asumo el desarraigo como dato biográfico, no como forma de escritura. El haber dado bote desde chico por distintas culturas nacionales porque mis padres murieron cuando tenía 13 años me hizo vivir en internados, donde tios, en poblaciones, o en El Golf. Yo no era típico en ninguna parte. Mi papá fue amigo de Santos Chávez y pintaba, mi hermano Hernán escribía, de repente donde de mis tías era bicho raro... Esa condición recorre todo el libro *Título de dominio*.

—¿Qué es, quiénes integran la generación NN de la que se dice participe?

—Yo creo que lo de NN es casi un destino que impone este régimen y le dobla en parte la mano. Nosotros no debimos existir nunca, pero se ha creado un *corpus* de expresión poética, muchos gallos de 30 años que han escrito sin el sentido fatalista del llanterío, y el NN tiene connotación de desaparecidos, sin identidad. De repente se habla de una generación marcada por la clandestinidad, el exilio interno o el exhibicionismo. Gente que empezó a escribir después del golpe desde un exilio interior o exterior. José María Mémet, Mauricio Redolés, Bruno Se-

rrano, Hedy Navarro, Teresa Calderón...

—¿Poetas todos buenos o gente que escribe poesía?

—Van quedando buenos, pero se necesitan relevos. Somos gente que se siente vieja sin haber crecido y con más nostalgia que utopías. Somos como veteranos de guerra porque fuimos conscientes, votamos, vivimos, conocimos gente como la Beatriz Allende, estuvimos presos junto a políticos mayores. Entonces alguien de 20 años te mira como si hubieras peleado en la guerra del Pacífico. Vivimos nostálgicos porque alcanzamos a trabajar por algo que creímos íbamos a conseguir.

—La ciudad es muy protagonista en todos sus poemas...

—Yo soy muy urbano. Me gustan las ciudades grandes. Vivi en San Pablo, Diagonal Cervantes. En París lo pasé *re mal*, pero caminé perdiéndome. Todas las ciudades son sórdidas y me atrae esa sordidez.

—Y en esta ciudad del libro reciente hay temblores, colegios, juegos infantiles....

—Los juegos infantiles son buenas metáforas de la nostalgia y de la dura realidad. La gallinita ciega me recordó los ojos vendados del pintor Guillermo Núñez entrando a prisión: “Soy el artista cegado en el tormento grabándose una jaula de luz bajo la venda”. En la ciudad está el recuerdo, están las noticias. Por ejemplo *In memoriam* lo dedico a Pedro Venegas, ciego que participó en una huelga de hambre y se suicidó. Yo quiero que mi poesía ayude a la

defensa de la memoria y de la utopía.

— Pareciera que la única ráfaga de esperanza y amor es en el “Cada uno de nosotros recupera con gestos la ternura que fuimos perdiendo en las mudanzas”

—No, yo creo que todos son poemas de amor. Me metí en un yo colectivo y me fui quedando al margen a pesar de que estaba muy involucrado. ¿Y aquí, donde está el poeta?, puede preguntarse uno al ver que colectivizó tanto y cada uno de nosotros es una multitud. Yo me asomo a un ser nacional, entonces cuando te vas al interior de la casa, a la pareja, se nota más la intimidad y la ternura. Pero la mayoría de los poemas terminan con niños jugando, dibujando o cantando.

—Los poemas largos están intercalados con unos pequeños donde usted afirma rotundo: “Soy. Soy la cabaña del rey Pelé, la flecha del emperador, un ojo de Pasolini, una canción de Serrat. En el fondo, la cultura y la subcultura urbana...”

—Este libro es un diálogo. El poema breve es el mismo que el grande, pero en un mundo de abstracción distinto. Está el mundo del arte, y los textos interactúan. El padre de Superman que hace desaparecer a las zonas fantasma la perra Lassie, el grito de Munch, pintura que se me grabó cuando la vi en su dosis de terror y espanto. La Nelly y el Nelson; el rey Pelé en el racismo; San Sebastián que es el santo de Yumbel, donde encontraron a un grupo de desaparecidos; el *discjockey* unicornio, porque estamos plagados de sonidos de Silvio Rodríguez en circunstancias que está Gardel y Leguisamo, y el ojo de Pasolini rodando por una colina romana, y *rodando* en el sentido de la filmación.